

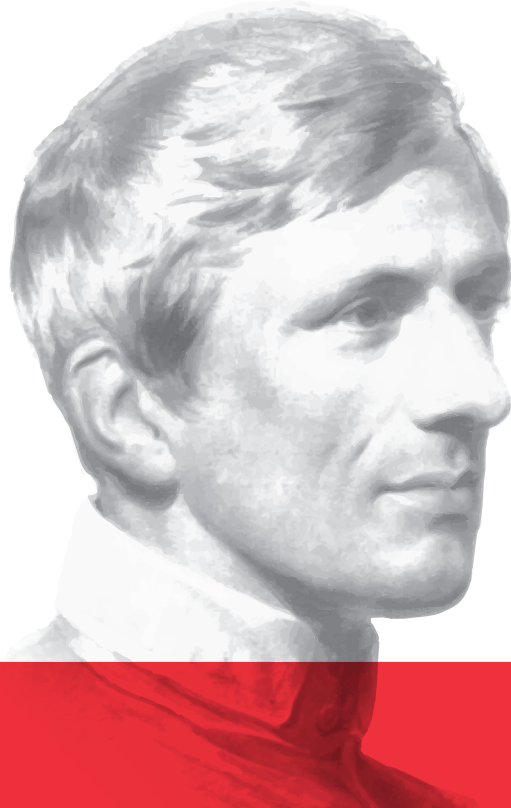


JOHN HENRY NEWMAN



SERMONES PARROQUIALES - 3 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 3



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 3

*Traducción de Víctor García Ruiz con
Santiago González y Fernández-Corugedo*

Introducción de Víctor García Ruiz

Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025

© de la Introducción: Víctor García Ruiz

© de la traducción Víctor García Ruiz con
Santiago González y Fernández-Corugedo

Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 162

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-279-0

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10987-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	
SANTOS Y PECADORES EN LA IGLESIA DE DIOS	13
Tabla de abreviaturas	25
SERMONES PARROQUIALES	29
Sermón 1	
ABRAHÁN Y LOT	31
[n. 203 19 de julio de 1829]	
<i>«Lot alzó la vista y vio la vega entera del Jordán; toda ella hasta Soar era de regadío antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra, como el jardín del Señor, como el país de Egipto. Lot eligió para sí toda la vega del Jordán, y se dirigió al Oriente. Así se separaron el uno del otro» (Gn 13,10-11)</i>	
Sermón 2	
LA OBSTINACIÓN DE ISRAEL AL RECHAZAR A SAMUEL	43
[n. 237 9 de mayo de 1830]	
<i>«Desistid y reconoced que Yo soy Dios: excelso entre las naciones, excelso sobre la tierra» (Sal 46,11)</i>	
Sermón 3	
SAÚL	53
[n. 238 16 de mayo de 1830]	
<i>«Airado, te di un rey, y, enfurecido, te lo quito» (Os 13,11)</i>	

Sermón 4	
LOS AÑOS PRIMEROS DE DAVID	65
[n. 239 23 de mayo de 1830]	
<i>«He visto a un hijo de Jesé, el betlemita, que sabe tocar; es valiente, buen guerrero, grato en la conversación y de buena presencia. El Señor está con él» (1 S 16,18)</i>	
Sermón 5	
JEROBOAM.....	77
[n. 250 1 de agosto de 1830]	
<i>«Y por orden del Señor gritó ante el altar: ‘¡Altar, altar! Así dice el Señor: Mira, nacerá un hijo de la casa de David de nombre Josías, que sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman incienso en ti; y sobre ti serán quemados huesos humanos’» (1 R 13,2)</i>	
Sermón 6	
FE Y OBEDIENCIA	91
[n. 227 21 de febrero de 1830]	
<i>«Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,17)</i>	
Sermón 7	
EL ARREPENTIMIENTO CRISTIANO.....	101
[n. 318 20 de noviembre de 1831]	
<i>«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15,18-19)</i>	
Sermón 8	
OPINIONES ESTRECHAS EN LO RELIGIOSO	111
[n. 322 4 de diciembre de 1831]	
<i>«Él replicó a su padre: ‘Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos’» (Lc 15,29)</i>	
Sermón 9	
UNA PROVIDENCIA PARTICULAR, TAL COMO SE REVELA EN EL EVANGELIO	121
[n. 383 5 de abril de 1835]	
<i>«¿Verdaderamente, he visto yo aquí al que me ve?» (Gn 16,13)</i>	
Sermón 10	
LÁGRIMAS DE CRISTO EN LA TUMBA DE LÁZARO	133
[n. 384 12 de abril de 1835]	

«Jesús dijo: ‘¿Dónde le habéis puesto?’. Le contestaron: ‘Señor, ven a verlo’. Jesús rompió a llorar. Decían entonces los judíos: ‘Mirad cuánto le amaba’» (Jn 11,34-36)

Sermón 11

EL DOLOR CORPORAL..... 143

[n. 377 | 3 de mayo de 1835]

«*Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia*» (Col 1,24)

Sermón 12

LA HUMILLACIÓN DEL HIJO ETERNO 157

[n. 380 | 8 de marzo de 1835]

«*Él, en los días de su vida en la tierra, ofreció con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su piedad filial, y, aun siendo Hijo, aprendió por los padecimientos la obediencia*» (Hb 5,7-8)

Sermón 13

EL CELO DE LOS JUDÍOS, MODELO PARA LOS CRISTIANOS 173

[n. 353 | 8 de junio de 1834]

«*¡Que perezcan así todos tus enemigos, Señor, y que brillen tus amigos como el sol naciente, con todo su resplandor! Y el país descansó durante cuarenta años*» (Jc 5,31-32)

Sermón 14

SOMETIMIENTO A LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA..... 187

[n. 218 | 29 de noviembre de 1829]

«*Aparte de tu boca la falsedad, aleja de tus labios la calumnia. Que tus ojos miren de frente, y tu mirada sea recta. Sopesa el sendero de tu pie, y caminarás seguro. No te desvíes a derecha ni izquierda. Aparta tu pie del mal*» (Pr 4,24-27)

Sermón 15

LA BATALLA ENTRE VERDAD Y FALSEDAD

DENTRO DE LA IGLESIA 201

[n. 386 | 17 de mayo de 1835]

«*Asimismo el Reino de los Cielos es como una red barredera que se echa en el mar y recoge toda clase de cosas. Y cuando está llena la arrastran a la orilla, y se sientan para echar lo bueno en cestos, y lo malo tirarlo fuera*» (Mt 13,47-48)

Sermón 16	
IGLESIA VISIBLE E IGLESIA INVISIBLE.....	213
[n. 391 26 de octubre de 1835]	
<i>«En una casa grande, no sólo hay vasijas de oro y plata, sino también de madera y de barro: unas son para usos nobles, otras para usos vulgares» (2 Tm 2,20)</i>	
Sermón 17	
LA IGLESIA VISIBLE, UN ESTÍMULO PARA LA FE	227
[n. 355 14 de septiembre de 1834]	
<i>«Por consiguiente, también nosotros, que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, sacudámonos todo lastre y el pecado que nos asedia, y continuemos corriendo con perseverancia la carrera emprendida» (Hb 12,1)</i>	
Sermón 18	
EL DON DEL ESPÍRITU.....	241
[n. 390 8 de noviembre de 1835]	
<i>«Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2 Cor 3,18)</i>	
Sermón 19	
LA REGENERACIÓN BAPTISMAL	255
[n. 392 15 de noviembre de 1835]	
<i>«Todos fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1 Cor 12,13)</i>	
Sermón 20	
EL BAPTISMO DE LOS NIÑOS.....	269
[n. 387 24 de mayo de 1835]	
<i>«Y el que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe» (Mt 18,5)</i>	
Sermón 21	
LA CELEBRACIÓN DIARIA DEL CULTO.....	281
[n. 358 2 de noviembre de 1834]	
<i>«Sin abandonar nuestras propias reuniones, como acostumbran algunos, sino animándonos tanto más cuanto más cercano veis el día» (Hb 10,25)</i>	

Sermón 22	
LA MEJOR PARTE.....	297
[n. 357 26 de octubre de 1834]	
<i>«Pero el Señor le respondió: ‘Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada’» (Lc 10,41-42)</i>	
Sermón 23	
LA PRÁCTICA RELIGIOSA, REMEDIO PARA LAS EMOCIONES	313
[n. 378 8 de febrero de 1835]	
<i>«¿Está triste alguno de vosotros? Que rece. ¿Está contento? Que cante salmos» (St 5,13)</i>	
Sermón 24	
LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN	325
[n. 379 22 de febrero de 1835]	
<i>«Mediante oraciones y súplicas, orando en todo tiempo movidos por el Espíritu, vigilando además con toda constancia y súplica por todos los santos» (Ef 6,18)</i>	
Sermón 25	
EL ESTADO INTERMEDIO (SOBRE EL PURGATORIO).....	339
[n. 393 1 de noviembre de 1835]	
<i>«Entonces se les dio a cada uno una túnica blanca y se les dijo que aguardaran todavía un poco, hasta que se completase el número de sus hermanos y compañeros de servicio que iban a ser inmolados como ellos» (Ap 6,11)</i>	

Para Javier y para Reme

8 junio 1984

INTRODUCCIÓN

SANTOS Y PECADORES EN LA IGLESIA DE DIOS

Todo parece indicar que el predicador de estos sermones tan encendidos, el celoso vicario de la Iglesia de Saint Mary's en Oxford, el batallador *fellow* de Oriel *college*, el incansable redactor de *Tracts* (folletos doctrinales), una de las luminarias del anglicanismo reformista, será pronto declarado beato en la Iglesia Católica. No en la que él llamaba entonces «Iglesia Católica», sino en la Iglesia Católica *Romana*, de la que verdaderamente sabía pocas cosas en aquellos años ascendentes y cada vez más polémicos del Movimiento de Oxford, entre 1829 y 1835, cuando predicaba los veinticinco sermones contenidos en este tomo tercero. Realmente, ¡qué de vueltas da el mundo! El día de su beatificación será hermoso ver cómo él mismo acaba encarnando una frase de su diario, escrita cuando era un joven clérigo: «Los que hacen del consuelo el gran objetivo de su predicación equivocan el fin de su ministerio. El gran objetivo es la *santidad*. Tiene que haber luchas y pruebas, aquí abajo. El consuelo está bien como lenitivo pero nadie se pasa bebiendo calmantes de la mañana a la noche» (16 de septiembre de 1824).

Una vez más, llama la atención la eficacia y aparente facilidad con que Newman emplea la Escritura, su maravillosa capacidad para sacar chispas a pasajes que uno ha recorrido también —algo distraído, la verdad— tantas veces. Es evidente lo mucho que amaba la Palabra de Dios y con qué intensidad debía de meditarla. Hay en Oriel *College*

una pequeña galería, muy discreta, por la que Newman podía pasar directamente de sus habitaciones al coro de la capilla. Un privilegio del vicario de Saint Mary's, supongo. Actualmente, ese lugar de paso se ha convertido en una pequeña capilla en memoria suya porque allí, en ese apacible y recóndito espacio con un bello ventanal —de esos proyectados hacia fuera, que se llaman *oriel window*—, pasó Newman horas y horas rezando a Dios. Allí me lo imagino ahora, meditando la Escritura y, quizá, aprendiéndosela de memoria. Lo digo porque, en un par de entradas de su diario, leemos: «19 de octubre de 1823, domingo. Esta semana y la anterior he estado aprendiendo la Biblia de memoria; acabo de terminar la Epístola a los Efesios». Y al mes siguiente: «25 de noviembre de 1823, miércoles. Me he aprendido ocho capítulos de Isaías, del 50 al 57 inclusive». Y remata: «Dios quiera que se me queden en el corazón, lo mismo que en la memoria». Como buen calvinista que era Newman en estos primeros años veinte, estaba muy orientado hacia la *sola scriptura*, una orientación que dejó su impronta para siempre. Sin buscadores *online* de ningún tipo, estos sermones parroquiales demuestran gran familiaridad con el Antiguo Testamento, Isaías y los Salmos especialmente, además de san Pablo en el Nuevo, a los que saca un partido inmenso y, en mi experiencia, muy original. No está del todo mal considerar estas cosas cuando acaba de celebrarse el Sínodo sobre la Palabra de Dios, convocado por Benedicto XVI.

El amor y la reverencia extremos de Newman por la Escritura llegaron a un punto casi estrambótico, como se descubrió el pasado 2 de octubre, cuando se quiso trasladar su cuerpo desde el cementerio de Rednal hasta la iglesia del Oratorio en Birmingham, con la intención de que los fieles pudieran empezar a manifestarle su devoción. El féretro, después de más de cien años en un suelo completamente expuesto a la humedad, resultó no contener ningún resto humano; solo una pequeña cruz, seguramente la que Newman llevaba al cuello, y unos colgantes procedentes del tocado cardenalicio. Se creía que el féretro llevaba recubrimiento de plomo, pero ahora se ha visto que no

era así. El *Birmingham Post* de 20 de agosto de 1890, en su crónica del entierro, explica el porqué de este sorprendente hallazgo: el féretro fue cubierto con una tierra más porosa que la marga donde se excavó la tumba. «Esto se hizo así para cumplir con fidelidad y cariño el deseo del Dr Newman, que algunos pueden juzgar rebuscado, pero que brotaba de su reverencia por la literalidad de la Palabra de Dios; la cual, tal como pensaba él, nos manda facilitar, más que impedir, que se cumpla la ley ‘Polvo eres y al polvo volverás’». Extraño, sí; pero también conmovedor. No queda otra reliquia física suya que unos mechones de cabello.

La Iglesia como instrumento de salvación es una constante en los sermones de este volumen. La Iglesia en toda su riqueza y con todo el sentido de continuidad: la Iglesia Visible y la Invisible, la Iglesia Judía y la Cristiana, la primitiva y la del siglo XIX, la «Católica», la Romana y la Ortodoxa. La Iglesia en su identidad con Cristo y los sacramentos, bellamente expresada así en el sermón 19 a propósito del Bautismo: los sacramentos son «señales de su presencia y de su poder, los acentos de su amor, la forma misma y el semblante mismo de Cristo que nos está mirando siempre, y que nos mima». La diferencia objetiva absolutamente crucial entre recibirlos o no recibirlos es la base de los dos sermones dedicados al Bautismo y sus efectos, tema de suma controversia entre anglicanos y protestantes.

No eran estas las ideas que Newman se trajo consigo a su llegada a Oxford como estudiante; ni siquiera las del joven clérigo. En agosto de 1824 —además de asustarse ante lo duro de la predicación: «dos sermones a la semana, esto es agotador. No voy más que en la tercera semana y ya casi estoy seco...»— anotaba que «esto de la regeneración bautismal me está confundiendo bastante». Pero la amistad con colegas como John Keble y Richard Hurrell Froude, entre otras cosas, terminará convencéndole de que la falta de sustancia doctrinal de su evangelismo desembocaba directamente en el liberalismo religioso y el secularismo. Y en incidentes absurdos como el de Miss Jubber, que se quería casar sin estar bautizada. Con su forma dialogada, el

Memorandum que Newman redactó refleja la viveza con que vivió el asunto:

«— ¿Es una de sus hijas la que se casa?

— Sí.

— ¿Está bautizada?

— No.

— ¿De veras? (*En tono de voz más bajo*) Lo siento, no puedo casarla.

— Bueno, eso es superstición; eso no es más que superstición.

— Pero ¿cómo voy a dar el matrimonio cristiano a alguien que está fuera de la Iglesia?

— Eso es superstición.

— Mr Jubber, no he venido aquí a que me dé usted lecciones, sino para decirle lo que creo mi deber.

— Señor, por supuesto, no pretendo que actúe usted en contra de su sentido del deber. Hay otros clérigos que están deseando casarles.

— [...] De todas formas, le ruego exprese a su hija lo mucho que siento que parezca que estoy siendo desagradable y duro con ella, pero no puedo hacer otra cosa. Por favor, dígaselo. Me da muchísima pena (*y se lo repetí varias veces*) 1 julio 1834».

Con frecuencia se refiere Newman a sectas y disidentes. Es decir, a diversos tipos de protestantes «non conformists» pero, sobre todo, a los evangélicos, muy activos en Inglaterra entre 1800-1850, que pensaban que la Iglesia oficial era poco cristiana, demasiado formalista. Lo cual era verdad. Esos y otros aspectos son los que también Newman quería reformar, desde dentro, con lealtad —mientras fue posible. En una carta privada de estos años, a propósito de José María Blanco White, exsacerdote católico español, ex *fellow* de Oriel *College*, examigo y excompañero de cuarteto de cuerda, exanglicano y ahora «disidente», escribe Newman:

«Por fin salió el libro del pobre Blanco White [...] Es todo lo malo que puede ser. Es evidente que quiere que le ataquen —supongo que, dentro de lo posible, le dejarán en paz. Eso le hará bien. No está contento hasta que se habla de él, y encuentra un placer morboso en que le traten mal. Habla del «sublime culto unitariano», etcétera, etcétera. Una locura. Creo que no está bien del todo. Quiero decir, entiendo que alguien, la primera vez que se encuentra con una doctrina (aunque sea más fea y más mala que un pecado), por una especie de perversión mental, diga que es maravillosa, etcétera, etcétera; pero el socinianismo *no es nuevo* para él, y entrar en raptó ahora con algo que conoce hace 17 años, parece demencia (9 de agosto de 1835)».

El problema con los evangélicos, tal como lo refleja Newman, es la sobra de emocionalismo y la falta de conocimiento en lo religioso; una tendencia al irracionalismo y a la autosatisfacción que abren espacio a la ironía, que el lector percibirá, ocasionalmente, en unas cuantas andanadas, aunque suaves, puesto que se lanzan desde un púlpito —a diferencia de aquel capítulo de su novela *Perder y ganar*, donde Newman ejerce a sus anchas como satírico.

En la Iglesia de Dios hay cosas santas y pecados, santos y pecadores, empezando por el mismo pueblo elegido, empeñado en tener un rey. Al final, Newman ironiza acerca de tanta terquedad: ¿queríais rey? Ahí tenéis a Saúl, un rey como los demás pueblos; o sea, un bergante. Y Jeroboam, con su historia apasionante y violenta, digna de un drama shakespeariano. Los dedicados a «Fe y obediencia» o al arrepentimiento son sermones inteligentes y exigentes, que rebosan amor a Dios, al tiempo que sentido común, agudeza psicológica y autobiografía. Es decir, que cuando Newman se pone severo, más que reñir al oyente, trasluce los defectos y limitaciones que percibía en su propia vida. Eso se nota, por ejemplo, en el dedicado al sufrimiento corporal. Intenso y vivencial, revela una maravillosa profundidad en la comprensión del dolor como bendición de Dios. Y a la vez es muy práctico y humano, como cuando describe el encerramiento en sí mismo de los enfermos difíciles —se imagina uno al quisquilloso

Serebriakov, de *Tío Vania*. Se trata de toda una reflexión personal y experiencial acerca de los efectos del dolor, para bien y para mal, hecha por alguien de aspecto frágil, que siempre pensó que tenía mala salud, aunque murió con 90 años.

Con frecuencia se vincula el temple personal e intelectual de Newman con el Romanticismo. Y es natural que sea así. En el sermón dedicado a Lázaro, la descripción de los instantes previos al milagro ante la tumba del amigo, incluye una impresionante inmersión en el alma de Cristo, que se remonta en términos casi cósmicos hasta el origen del mundo. Esa potencia imaginativa que le acerca a lo Invisible se ve, por ejemplo, en esta carta escrita por entonces (10 de mayo de 1828) a su hermana Jemima:

«Soy muy constante en mis salidas a caballo, aunque el tiempo no ha acompañado en absoluto. El jueves cabalgué hasta Cuddesden [...] el campo es tan bonito; las hojas recién salidas, lo bien que huele, el paisaje tan cambiante. Nunca capto mejor lo transitorio de este mundo que cuando disfruto con estas sensaciones en el campo. Hoy, montando por ahí, me he quedado impresionado, mucho más de lo que yo creía posible, con estos dos versos del *Año cristiano*: ‘Cantar con voz solemne nos recuerda nuestro destino’. Casi diría que estos versos son míos y que me los ha cogido Keble. ¡Cómo me gustaría que las palabras pudieran apresar esos sentimientos indefinidos, vagos, sutiles que taladran y enferman el alma! Nuestra querida Mary [la hermana menor, muerta repentinamente en 1828] me parece embebida en cada árbol, escondida detrás de cada colina. ¡Este mundo de los sentidos es un velo, una cortina! Un mundo muy bello, pero velo al fin».

Y pocas veces he leído nada igual, tan perceptivo y tan ilustrativo de cosas supuestamente sabidas, como la exposición sobre la Encarnación (sermón n. 12). También ahí se percibe una imaginación de signo romántico, con su poco de sicología-ficción. Y, no obstante, es admirable cómo Newman logra ilustrar el misterio de Cristo Dios y Hombre verdadero de una forma tan sumamente concreta. Tiene, además, un convencimiento absoluto acerca de lo central de esta

verdad para la fe cristiana, y de lo nefasto de las herejías cristológicas. El corazón sin doctrina, una vez más, es un perfecto desastre.

Menos románticos y algo sarcásticos son sus comentarios acerca del «ecumenismo malo» de entonces (n. 14), cuando pinta lo «razonable» de las mutuas cesiones entre grupos con el fin de alcanzar la unidad: unos dan mucho (cosas de Dios, importantes y queridas) y otros nada (porque saben que son puramente humanas y no valen nada). La Unidad, en efecto, es el bien supremo, por eso no hay que romperla por nada del mundo, como hizo David —un buen ecumenista— acosado por Saúl.

Hay un sermón francamente terrible, un sermón para mayores con muchos reparos: el número 13, donde se aborda la orden dada por Dios de asesinar niños, y de hacerlo como acto piadoso y meritorio. Aunque a los hombres de hoy se nos atragantan pasajes como ese, Newman apunta a lo fundamental: la verdadera piedad, el amor a Dios es sin condiciones, pasa por encima de todo interés personal, implica la renuncia a uno mismo.

En muchos de estos sermones se percibe el auge del Movimiento de Oxford, con sus batallas, su impacto sobre las gentes, las reacciones adversas, las tensiones internas del anglicanismo en toda Inglaterra —ya que los sermones se publicaban y corrían por el país como *best-sellers*. Se comprende muy bien que encendieran polémicas y respuestas cada vez más alarmadas, ante las que el combativo Newman no se retrae. El titulado «Iglesia visible e Iglesia invisible» podría servir como compendio del movimiento tractariano, de su radicalismo y hasta de su tono algo triunfalista en ciertos momentos. El juicio sobre el estado de la Iglesia anglicana con que concluye este sermón es así de brutal: «nos vemos forzados a admitir que, a pesar de los privilegios concedidos a la Iglesia, hoy día, en lo que se refiere a dar fruto, esos privilegios han quedado suspendidos en nuestra rama de la Iglesia, por nuestra falta de fe».

La historia es conocida: convencidos de tan severo diagnóstico, Newman y sus compañeros emprendieron la construcción de una

eclesiología que confluía rápidamente con Roma, como le parecía evidente —con toda razón— al mundo protestante. Muchos lo veían venir, pero no Newman. En un sermón de este volumen se habla casi del culto a los santos, y hay otro dedicado nada menos que al Purgatorio —un sermón oscuro, y lleno de esguinces, de esas sutilezas excesivas que le reprochaban algunos adversarios, amantes de llamar al pan pan y al vino vino. A lo largo de los años 30, Newman va convenciéndose de la existencia de una única Iglesia Católica que subsiste en tres ramas igualmente legítimas —la anglicana, la romana y la ortodoxa oriental—, una construcción que, más tarde, él mismo calificaría de Iglesia «de papel», inexistente. Pero hasta llegar a tal convicción, Newman iba dando paso tras paso, partiendo de los materiales dejados ahí por la Reforma anglicana, de sus ambigüedades, sin importar nada del «romanismo», del que tenía muy poco conocimiento directo. Es como si hubiera dado marcha atrás en la historia hasta el punto del camino, el siglo XVI, en que los anglicanos tomaron el «camino equivocado» para tomar ahora el camino correcto. Ese camino resultó ser el mismo que históricamente siguió Roma, un inesperado compañero de viaje.

Newman sabía de dónde venía, pero no adónde le llevaban esos pasos con los que sentía que Dios le iba guiando hacia un destino desconocido. En cierto sentido, el ápice del tractarianismo en este volumen lo constituye el sermón 21, cuando se lanza a justificar una extrañísima iniciativa que ha tomado como vicario de la iglesia de Saint Mary's: celebrar la liturgia todos los días. Si la gente viene, bien, y si no, también; lo que importa es el culto en sí mismo. La iniciativa, que continúa hoy en el *evensong*, no suena muy protestante que digamos.

Su situación en 1829, año de predicación del primero de los sermones de este tomo, podría calificarse de dinamismo apacible. Esta entrada de su diario ilustra el aspecto pacífico: «sábado 18 julio 1829. Desayuno donde Ogle; empecé sermón 203; vino Pusey y monté por mi cuenta poco trecho; cuarteto de música con Blanco White por la tarde». En cuanto a dinamismo, baste la noticia de que en enero de

ese mismo año el joven *fellow*, que no tenía treinta años, había osado *innovar en Oxford* —plaza de numantina resistencia a todo cambio—, alterando el sistema y la orientación de las tutorías en su *college*. Esta innovación le trajo disgustos con los colegas y, sobre todo, con el Provost, hasta el punto de que decidió aceptar la oferta de otro colega implicado, Hurrell Froude, y se fueron a Italia, en compañía de Froude padre. Un sabático a tiempo.

El año 1835, al que pertenecen los sermones más tardíos de este tomo, nos lo presenta en plena batalla, pero confiado en las manos de Dios. En carta de ese año, precisamente a Froude, que se moría de tuberculosis, escribe: «Yo estoy muy bien, quizá mejor que nunca; lo único (Dios lo quiera), que no sé lo que va a ser de mí de aquí a unos años. Pero todo saldrá bien». Es el mismo tema de su famoso poema de 1833 *Lead, Kindly Light*: «I do not ask to see/ the distant scene; one step enough for me». Bromeando proféticamente, se despide así de su gran amigo: «siempre tuyo muy católicamente, John H Newman».

Me permito recordar, al frente del presente volumen de los *Sermones parroquiales*, algunas advertencias que figuraban en la introducción a los volúmenes anteriores. Si toda traducción implica un trasvase cultural más que lingüístico, en nuestro caso habría que tener en cuenta que la lengua de partida es un lenguaje religioso con casi doscientos años de antigüedad, perteneciente además a la tradición anglicana; y la de llegada es otro lenguaje religioso, el de hoy, propio de una tradición católica. Palabras y sintagmas como *religious excitements*, *gracious*, *ordinance*, *forms*, *visitation* o *Dispensation* presentan problemas que no siempre admiten una misma solución.

La sintaxis suele responder a una arquitectura sencilla y parroquial que transparenta un discurso hablado, y que generalmente no es complicada, aunque sí puede resultar un tanto torrencial. Lo que domina son las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota, llena de

conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas, que equivalen unas veces a un punto y aparte, otras a un punto y coma, o una coma. Ruego al lector que no se extrañe demasiado cuando se tope con las huellas escritas del registro oral —quizá puede probar a leer los sermones en voz alta; seguro que salen ganando en poderío.

En cuanto a los textos de la Escritura, mantengo la discutible decisión de sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (la *King James Version* o *Authorised Version* de 1611) por la versión española de la Biblia que publicó la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (*Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. 5 vols. Pamplona: Eunsa, 1997–2005) y que acaba de reeditarse en un solo volumen (*Biblia de Navarra: edición popular*. Pamplona-Woodridge (Illinois): Eunsa-Midwest Theological Forum, 2008). El motivo de esta decisión editorial ha tenido que ver tanto con la actualidad del texto sagrado como con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que no es un proyecto erudito, académico o estrictamente teológico, aunque desde luego pretende ser riguroso al máximo en su versión del texto newmaniano. Lo que el traductor pretende es ofrecer a los cristianos de hoy la voz singular de un maestro de ayer y de siempre, poniendo en castellano del siglo XXI la fuerza y la brillantez admirable de Newman. Cuando el texto bíblico inglés ha parecido de algún relieve, lo mantengo sin advertirlo y realizando las leves adaptaciones gramaticales necesarias, exigidas por el contexto gramatical o el razonamiento doctrinal newmaniano. Las abreviaturas de los distintos libros bíblicos proceden también de la Biblia de Navarra.

Me detengo un instante para confesar mi pequeño desconcierto con el uso de las mayúsculas en este ámbito del lenguaje religioso. Tiendo a emplear mayúsculas en «Evangelio» cuando equivale a ‘Nuevo Testamento’ y minúsculas cuando equivale más bien a ‘relatos evangélicos’, pero me temo que este criterio no es del todo estable.

En determinados momentos el énfasis me lleva a poner Regeneración, Apóstol, Bautismo, Misericordia... En cualquier caso, no piense el lector que se trata de erratas o simples chapucerías. En cambio, los demostrativos con mayúscula referidos a Dios, «Su», resultan sumamente útiles con sentido diacrítico en castellano, que es un idioma impreciso en esto, donde un demostrativo mal colocado o ausente marea a los lectores o los intriga acerca del paradero del sujeto gramatical; justo al contrario que el inglés. Pero cuando no hay necesidad de precisar, el pronombre va en minúscula aunque se refiera a Dios —con excepción de «Él».

Los números que figuran en cada encabezamiento, así como las fechas de predicación, proceden de *Sermons 1824-1843*, los sermones inéditos que preparó Placid Murray (Vol. 1. Oxford: Clarendon Press, 1991. 353-72) y corresponden a la numeración integral de los sermones, hecha por el propio Newman.

Para evitar en lo posible las inevitables desigualdades de estilo, he supervisado todos los textos, aunque en cada sermón figura el responsable de la versión castellana. Una vez más, agradezco a Santiago González y Fernández-Corugedo, viejo amigo, su generosa colaboración.

Víctor García Ruiz
Merton College, Oxford, 2008

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES
(*PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*)

por John Henry Newman, B. D.
vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford
en ocho volúmenes

volumen III
reimpresión

Longmans, Green y compañía
39 Paternoster row, Londres
Nueva York, Bombay y Calcuta
1907

Al honorable
Robert Hurrell Froude,
Arcediano de Totnes,
con vivos sentimientos
de estimación y afecto,
y con un agradecido recuerdo
de las abundantes bondades recibidas,
el Autor
le dedica con todo respeto
el presente volumen.
La Conversión de san Pablo
[25 de enero de] 1836¹

¹ *B.D.*: Bachelor of Divinity, ‘licenciado en Teología’. *Venerable*, que traduzco por ‘honorable’, era el tratamiento que se daba a los arcedianos, un vicario del obispo encargado de las parroquias rurales y el primer rango eclesiástico con autoridad espiritual. Totnes era un próspero pueblo, el punto navegable más alto del río Dart, cercano a Dartington, la casa de los Froude, que Newman visitó en varias ocasiones. Robert Hurrell Froude (1769-1859), perteneciente a una familia con posesiones, fue el padre de Richard Hurrell Froude (1803-1836), colega de Oriel *College*, uno de los más grandes amigos de Newman en Oxford y tan comprometido como él en el Movimiento de Oxford, o Tractarianismo; y de James Anthony Froude (1818-1894), inicialmente tractariano pero que perdió la fe religiosa, tal como relató en su novela antitractariana *The Nemesis of Faith* (1849), que le valió perder su puesto de *fellow* en Exeter college. Publicó después una famosa *History of England from the Fall of Wolsey to the Defeat of the Spanish Armada* (conocida como *The History of England in the Sixteenth Century*; 12 vols. 1856-1870), poco rigurosa desde el punto de vista histórico aunque muy apreciada por su brillante estilo.

SERMÓN 1

ABRAHÁN Y LOT¹

[n. 203 | 19 de julio de 1829]

«Lot alzó la vista y vio la vega entera del Jordán; toda ella hasta Soar era de regadío antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra, como el jardín del Señor, como el país de Egipto. Lot eligió para sí toda la vega del Jordán, y se dirigió al Oriente. Así se separaron el uno del otro» (Gn 13,10-11)

La enseñanza que hay que sacar de la historia de Abrahán y Lot es esta, obviamente: que solo una clara aprehensión de las cosas invisibles, la sencilla confianza en las promesas de Dios y la grandeza de espíritu que de ahí surgen, pueden hacernos obrar por encima de las cosas del mundo; volvernos indiferentes, o casi, a sus consuelos, goces y lazos. O, en otras palabras, la lección es que las cosas buenas del mundo corrompen la carrera incluso de las personas religiosas que las poseen. Lot, al igual que Abrahán, dejó su tierra movido «por la fe», obedeciendo al mandamiento de Dios. Pero en una coyuntura posterior en la que la voluntad de Dios no se manifestaba tan claramente, uno fue hallado «sin mancha ni culpa» y el otro «se salvó como por el fuego». Abrahán se convirtió en el «padre de todos los que creen»; Lot enturbió las esperanzas puestas en el momento de su vocación,

¹ Traducción de Víctor García Ruiz.

desgastó los privilegios de su elección y durante un tiempo se asimiló a la masa de la gente tal como se ve ahora en los países cristianos: es religiosa hasta un cierto punto, lleva una vida nada coherente con sus principios y no aspira a la perfección.

Podemos dividir la historia de Lot en tres partes. La primera, desde el momento en que salió de Jarán con Abrán hasta que los dos se separan; después, desde que se establece en las llamadas ciudades de la vega, entre las que estaba Sodoma, hasta su cautividad y rescate; y por último, desde su regreso a Sodoma hasta su huida desde allí a la montaña bajo la guía del ángel, que es cuando la Escritura lo pierde ya de vista. La repasaremos en este orden.

1. Cuando Abrahán y Lot llegaron a la tierra de Canaán, parece que no habían recibido ninguna indicación de parte de Dios acerca de dónde habían de establecerse. Primero fueron a Siquem; de ahí al vecindario de Betel; al final, una hambruna los llevó a Egipto y, a continuación, comienza lo que debería llamarse la historia de sus pruebas.

Abrahán y Lot habían abandonado el mundo ante una llamada de Dios; pero les esperaba una prueba más difícil. Aunque nunca es fácil, es más fácil entregar el corazón a la religión cuando no tenemos otra cosa en que ocuparlo (o tomar una decisión importante que nos saca del curso normal de nuestra vida y de alguna manera nos fuerza a hacer cosas que de otra manera evitaríamos) que poseer una buena porción de bienes de este mundo y, no obstante, amar a Dios por encima de todas las cosas. Mucha gente es capaz de sacrificar sus intereses mundanos en un arranque, y como entonces pocas cosas hay que puedan alterarles, están en condiciones de aferrarse a la religión y servir a Dios aceptablemente y con constancia. Quienes hacen tales sacrificios con frecuencia dan prueba de una gran fuerza de carácter, como fue el caso de Lot al dejar su tierra. Pero es cosa más grande, requiere una fe más noble, más firme y clara estar rodeado de bienes temporales y ser abnegado al mismo tiempo, considerarnos solo servidores de la bondad de Dios y ser «fieles en todas las cosas» que nos encomienda. Así pues, la tentación que padecieron los

dos patriarcas consistió precisamente en esto: Dios les dio riqueza y categoría. Cuando se trasladaron a Egipto, Abrahán fue recibido entre honores por el rey de aquella tierra. Poco después, se dice que Abrahán tenía «ovejas y vacas, asnos, esclavos y esclavas, asnas y camellos» (Gn 12,16), que «era muy rico en ganado, plata y oro» (Gn 13,2) y que «También Lot... tenía ovejas, vacas, y tiendas» (Gn 13,5). En consecuencia, cuando volvieron a Canaán, el patrimonio y ganado de ambos había crecido demasiado como para establecerse en un solo lugar. «La región no les permitía habitar juntos, porque tenían mucha hacienda y no había lugar para ambos» (Gn 13,6). Los pastores de uno y otro disputaban porque, por ejemplo, cada uno quería hacerse con los mejores pastos y los pozos más abundantes. Esta discordia en la familia escogida era, claro está, cosa poco presentable a los ojos de los idólatras, los cananeos y perezcos que habitaban en los alrededores. Por eso Abrahán sugirió una separación amistosa y dejó que Lot escogiera en qué parte de la tierra prefería establecerse. En esto consistió la prueba de la fe de Lot. Veamos cómo se desempeñó. Ocurrió que la parte más fértil, la vega del Jordán, estaba en manos de un pueblo dejado de la mano de Dios, los habitantes de Sodoma, Gomorra y las ciudades vecinas. La riqueza que Lot disfrutaba hasta entonces le había sido dada como prenda del favor de Dios y su principal valor era que procedía del Señor. Pero al dejarse atraer por la riqueza y belleza de una tierra culpable y condenada, Lot se olvidó de esto y empezó a estimar la riqueza por sí misma. La prosperidad de un pueblo malvado no podía considerarse señal del amor de Dios; pero dirigir la mirada a Sodoma significaba ir con el mundo y hacer de la riqueza la medida de todas las cosas y el objeto final de la existencia. En palabras del texto, «Lot eligió para sí toda la vega del Jordán, y se dirigió al Oriente. Así se separaron el uno del otro. Abrahán se estableció en tierra de Canaán, y Lot en las ciudades de la vega, ocupando las tierras hasta Sodoma. Pero los habitantes de Sodoma eran perversos y pecadores empedernidos contra el Señor» (Gn 13,11-13). No veo la manera de negar que este fue un paso en falso por parte del santo

patriarca Lot, algo culpable en sí mismo y que llevó a consecuencias muy serias. «Pues más vale un día en tus atrios», dice el salmista, «que mil fuera. Prefiero estar en el umbral de la Casa de mi Dios que habitar en las tiendas de los impíos» (Sal 84,11). Pero los que se han acostumbrado a considerar la prosperidad mundanal como cosa altamente deseable en sí, la toman allá donde la encuentran: cuando Dios la da y también cuando no la da. Para ellos, *quién* la da no es asunto de primera importancia, al menos en el fondo de su corazón —aunque quizá les sorprendería que alguien se lo hiciera notar. Si todo esto no se aplica a Lot en su integridad, al menos su historia nos recuerda lo que ocurre a diario en casos que se le parecen externamente. Los hombres se consideran muy devotos y prometen adorar al Único Dios Verdadero, al mismo tiempo que caen en ese pecado que el apóstol llama «idolatría»: amar y adorar a las criaturas en vez de al Creador.

Por su parte, Abrahán se quedó sin tierra ni posesiones, pero tenía la presencia de Dios como herencia y Dios le confirmó; porque, como una especie de recompensa por su desinterés, le renovó la promesa que le había hecho de darle en el futuro toda la tierra, incluyendo la hermosa porción que Lot había tomado para sí —temporalmente. «El Señor dijo a Abrán después de que Lot se separara de su lado: ‘Alza la vista desde el lugar en que estás y mira al norte, al sur, al este y al oeste. Toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Haré a tu descendencia como el polvo de la tierra; si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia. Levántate y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo voy a dar’» (Gn 13,14-17).

2. Así termina la primera parte de la historia de Abrahán y Lot. Prosigamos. Dios es tan misericordioso que no permite que sus siervos se aparten de Él sin hacerles repetidas advertencias. No pueden ser «como los paganos»; Dios va tras ellos con visitas bondadosas como a Jonás cuando huía de Él. Lot decidió vivir entre los pecadores; pero Dios no se olvidó de él. Le envió una calamidad para advertirle y escarmentarle. No se dice que esa fuera la intención pero sabemos

Sermones parroquiales / 3

En este tercer volumen de la serie de los *Sermones parroquiales* se incluyen veinticinco sermones predicados en la iglesia de Saint Mary's en Oxford. El genio humano y cristiano de Newman, que ya era una autoridad no exenta de polémica en Inglaterra, vuelve a brillar en ellos con toda lucidez. Con un conocimiento de la Escritura poco común, el autor, todavía anglicano, describe con belleza y en toda su riqueza a la Iglesia como instrumento de salvación, como continuidad de Cristo en la historia a través de los sacramentos. Unas convicciones defendidas con fuerza y que llevarían a Newman, en no mucho tiempo, a la conversión al catolicismo.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10987-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-279-0

